

## El mayor escapista jamás conocido

Poco a poco empiezan a aflojarse las correas. Son necesarios unos tirones secos a un lado y al otro para hacer hueco dentro de la camisa. Después, con la mano que ya tiene fuera, saca la aguja del orificio de una de las correas que tiene a su espalda. Parece que la circulación vuelve a fluir por los dedos de su mano izquierda. Y ahora viene la parte difícil, la que solo el 0,03 % de la población sería capaz de realizar. Tiene que pasar sus brazos, unidos entre sí por las mangas, por encima de su cabeza. Y sí, lo hace sin titubear. Se disloca el hombro y con los brazos en alto separa las mangas hasta dejar suficiente espacio para poder maniobrar. Finalmente, se quita la camisa de fuerza como si fuera un jersey, a lo que el público aplaude entusiasmado. Hace una reverencia y se despide.

Me conozco de memoria cada espectáculo suyo, y aun así siempre me sorprende. La parte en la que se disloca el hombro es la que más expectación crea, por la que la gente paga una entrada. Joseph lo sabe, por eso sigue haciéndolo en contra de las recomendaciones de su médico. Los ligamentos de su hombro están cada vez peor, y eso es decir mucho teniendo en cuenta su maltrecha salud. Joseph nació con una enfermedad denominada síndrome de Marfan, una patología rara y hereditaria que provoca anomalías en las fibras de su cuerpo. Por esa razón, sufre de soplos cardíacos, miopía, la columna vertebral curvada y un alto riesgo de padecer múltiples problemas vasculares. No obstante, su enfermedad también le dotó de una extraordinaria flexibilidad. Joseph es capaz de meterse en una maleta de 56 cm x 45 cm x 25 cm; de hecho, lo hace en uno de sus números.

Podría decirse que nació para el espectáculo, para vivir sobre un escenario. No es que provenga de una familia de artistas o demostrase una vocación escénica temprana, nada de eso. La verdad es que sobre la tarima es en el único sitio donde nadie se pregunta qué le pasa, sino cómo lo hace. Nadie se fija en sus largas extremidades o pecho hundido

cuando se libera de unas cadenas suspendido a tres metros y medio sobre el suelo. La gente realmente valora su arte.

Aún recuerdo el día en el que nos conocimos, era una noche ventosa y caía un aguacero. Estábamos esperando al autobús, que llegaba tarde, resguardados bajo un raquítico soportal. Todo el mundo allí presente estaba malhumorado y maldiciendo la línea nocturna. Él, sin embargo, erguido sobre dos delgaduchas piernas que apenas parecían sostenerle, comenzó a contar una tonta historia mientras la acompañaba con muecas imposibles. Arrancó una sonrisa a cada uno de nosotros. Enseguida pude ver su talento y sus ganas de contar su historia, por eso aquella misma noche me hice su representante. Con perspectiva, parece mentira que aquel muchacho inocente y de aspecto frágil se haya convertido en semejante figura. Ha creado un mundo a su alrededor hasta ser algo más que un simple escapista, hasta ser un narrador de historias.

Al principio pensó que esto de los escenarios sería algo pasajero, mientras encontraba un trabajo de verdad. Si bien la realidad es dura para alguien como él. Nadie quiso nunca contratarlo a pesar de su memoria fotográfica y refinados modales. Por eso acabó abrazando tan fuerte el escapismo. Con el tiempo incluso se obsesionó con convertirlo en un arte, que la gente acudiese a ver su cuerpo contorsionándose como quien observa un Picasso.

Desafortunadamente todo aquello ha tenido un alto precio para él. Cada noche que se ha subido a un escenario, ha forzado su cuerpo hasta el límite, agravando su enfermedad. Lo único que puede hacer ya es sumergirse en una bañera con hielos para disimular el dolor después de cada acto. Es como si tuviera agujas en lugar de ligamentos. Sabe que ha llevado su cuerpo hasta lo insano y, sin embargo, no conoce otra profesión.

Hace una semana vino a mi despacho para explicarme algo a lo que llevaba dándole vueltas desde hacía tiempo, lo que él llamaba el truco definitivo. Quería dejar su impronta en la historia, crear una obra de arte perenne. Su plan consistía en encerrarse en una diminuta caja fuerte sumergida en un tanque de agua, todo ello asegurado con cadenas y candados por doquier. Ah, y atado con una camisa de fuerza, por supuesto. Sin artificios, solo ante el peligro. Y con música en directo. Una locura propia de un artista. También me aseguró que al final habría una sorpresa que no podía revelarme. Más tarde lo entendí.

El día del estreno se le veía exultante. Había encargado a la escuela de arte unos preciosos murales con las fases de la metamorfosis de una mariposa. También pagó a unos violinistas para que marcaran el ritmo de la acción e incluso se confeccionó un traje a medida. Era un mono de seda, con unas escamas pintadas a mano y un brillo nacarado. No quise ni preguntarle cuánto le había costado.

La cuenta atrás comenzó tan pronto cerraron el tanque. Podía imaginármelo dentro de la caja fuerte, doblado sobre sí mismo y forcejeando con la camisa de fuerza. Pero esta vez estaba tardando más de la cuenta. Habitualmente necesitaba unos 3 minutos para fajarse de las correas, y me dijo que iba a necesitar otros 3 minutos para abrir con las ganzúas la caja fuerte. Después, asomando la mano por la portilla a medio abrir, desbloquearía los candados de las cadenas que impedían abrir completamente la caja. Todo ello conteniendo la respiración. Eso en la teoría. Aquel día llevaba ya 12 minutos y aún no había asomado su mano.

Joseph me insistió en que pasara lo que pasara no detuviese el espectáculo. Seguramente me lo decía sabiendo que lo detendría si pasaba algo. Y eso hice. Agarré del brazo a uno de los mozos y ordené a todos que abrieran la caja. Arranqué una de las caras del tanque de metacrilato con mis propias manos, derramando toda el agua que contenía sobre la primera fila. Los violinistas huyeron despavoridos. Yo estaba sin aliento. Tras unos

instantes de confusión, por fin alguien trajo unas cizallas para cortar las cadenas que envolvían la caja fuerte. El público se notaba entre ansioso y consternado.

Cuando abrimos la caja fuerte centenares de mariposas azules salieron volando por toda la sala. Todo se cubrió de añil, como esos mares profundos que describen los marinos al volver a casa. Dentro no había nada más. El público aplaudió eufóricamente durante varios minutos, conscientes de que acababan de presenciar algo más que un truco.

Y aquel fue el último día que lo vi. Nunca supe nada más de él. Supongo que usó alguna trampilla para escapar, o quizás nunca estuvo allí. No me molesté en comprobarlo pues había presenciado el truco de escapismo definitivo, una metamorfosis. Joseph había escapado de su propio cuerpo y su destino. Se marchó antes de que le vieran marchitarse sobre el escenario, para que lo recordasen como lo que siempre fue: el mayor escapista jamás conocido.

**Erik Aostri Parga**